

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

ENSEÑANZA.

En el pasado artículo, al recomendar la enseñanza religiosa, indicamos la indisputable ventaja que sobre todas las otras nociones tienen las ideas religiosas. Esta ventaja resaltará de una manera admirable, si nos paramos á considerar la naturaleza de nuestras facultades intelectuales. Tres palabras explican todo mi pensamiento: noticia, ciencia y sabiduría. Llamo noticias á todas aquellas nociones que se refieren á la memoria. Este siglo, que se llama jactanciosamente el siglo de las luces, se llamaría con harta propiedad el siglo de las noticias. Pocos son los que piensan, pocos los que estudian, pocos los que aprenden, pero son muchos los que parlan y muchos los que escuchan. Hemos arrinconado los libros, y solo leemos los periódicos. Lo sabemos todo, pero no entendemos nada. En la historia solo aprendemos citas, y en la geografía nombres peregrinos. De las ciencias físicas solo conocemos los aparatos, y de las naturales las interminables ramificaciones. Estudiamos por la novela, meditamos en la poesía, y nos instruimos en el teatro. Para la literatura no son ya necesarios instrucción, ni ingenio, ni gusto, ni siquiera nociones gramaticales: enseñamos lo que no hemos aprendido, y abrimos nuevos rumbos al lenguaje, enriqueciéndolo con bárbaras voces y modismos extraños. Las ciencias políticas sobre todo han

caído en pleno poder de los noticieros. Creyóse en siglos de oscurantismo que la ciencia de gobernar un pueblo era la mas difícil de las ciencias; ahora cada hijo de vecino explica, comenta y rectifica con admirable facilidad los proyectos de la política y de la diplomacia. Entonces se requería profundo y sagaz ingenio para empuñar las riendas de un estado; ahora basta saber sentarse en un banquete y arengar al populacho, para obtener una cartera y gobernar admirablemente con la ayuda de la opinion, que es como dejarse llevar de la corriente. No se crea que sea mi intento negar á nuestro siglo saber profundo y pensamientos levantados; solo voy notando que la mayor parte de los que escriben no son mas que *escribientes*, y que la mayor parte de los que hablan no pasan de *parlantes*. Nombres, citas, lances y anécdotas, ved ahí lo que nos ocupa, ved ahí el tema favorito de nuestros estudios; nada de pensamientos graves, de meditaciones serias: si algo se ha de aprender, que sea en unos compendios, donde el saber esprime su quinta esencia, y con los cuales damos á nuestra ignorancia una apariencia científica, á la manera que el cosmético da una apariencia hermosa al rostro de una fea. Sin duda entre los modernos inventos no es el menos prodigioso ese de improvisar la ciencia, improvisar el talento, improvisar la reputacion y nombradía, dejando por supuesto eternizadas la ignorancia, la ineptitud y la torpeza.

Llamo ciencia á todos aquellos conocimientos que se refieren al discurso. La ciencia es la que, desdeñando la instrucción mugeril de los noticieros, se aplica con varonil esfuerzo á acrecentar sus tesoros con la meditación y el estudio. Por ella el espíritu pensador se repliega sobre sí mismo, y hace brotar, del fondo de las tinieblas que le rodean, rayos de vívida luz, que iluminan nuevos horizontes y le descubren nuevos mundos. Por ella penetra con escudriñadora mirada las entrañas del globo, y sorprende á la naturaleza en sus secretos, y le arranca las leyes misteriosas que presiden en sus admirables productos. Por ella extiende sus escursiones por todos los campos del saber, y ensancha y rectifica sus conquistas. Por ella sube hasta la región de los planetas, los pesa en sus balanzas, los mide con su vara, y les señala sus rumbos, sus evoluciones y su mutua correspondencia. Por ella evoca el pasado; los imperios caídos, los monumentos derribados, los pueblos que yacen en el polvo, todos se levantan, se le acercan, le hablan, le responden, le instruyen y le dan las sabias lecciones de la experiencia.

La ciencia es sin duda un tesoro, y comparada con la noticia, brilla como el oro al lado del estaño, como el diamante al lado del frágil vidrio. Con todo no deja de ser ridícula y rara la idolatría de la ciencia. Este siglo ha derribado todos los altares, y con las esparcidas piedras ha levantado el altar de la diosa razón. Consideración, respeto, distinción, renombre y gloria no se dan á la honradez, no se dan á la virtud; se dan tan solo al talento. Al lado del talento cristiano figura el talento de Proudhon, el talento de Littré y el talento de Hegel; á todos se les ciñe una misma auréola y se les incienso con un mismo incensario. Pues bien, idólatras del talento, olvidad por un momento la tradición de los siglos y la voz de la conciencia, y tratad de guiaros por esas estrellas errantes que llamais genios. Decidme, decidme, si por ventura lo sabeis ¿qué es Dios? ¿qué es el alma? ¿qué es la libertad? ¿qué es la moral? ¿qué es el deber? ¿qué es el derecho? ¿qué es la verdad? ¿qué es la justicia? ¿qué es la sociedad? ¿qué es la familia? ¿qué es el indivi-

duo? ¿qué es la autoridad? ¿qué es la obediencia? ¿qué es de nuestro origen? ¿cuáles son nuestros destinos? Ah! el día en que los hombres quisieron levantar hasta el cielo la torre de su orgullo, Dios confundió su lenguaje, y no se entendían unos con otros. El día en que nuestros sabios se han desdeñado de inclinarse delante de los altares y han reclamado para sí honores divinos, Dios ha confundido su idioma, y su obra parodia la Babel de los antiguos.

Llamo sabiduría á los juicios de la sensatez y de la cordura. No es sabio el que medita el curso de los astros, y á sí mismo se desconoce. No es sabio el que diserta brillantemente sobre todas las ciencias, y no se aprovecha de ninguna. No es sabio el que dá maravillosos consejos para bien vivir, y vive él rotamente. No es sabio el que maneja con honra los negocios del estado, y no acierta á gobernar su casa. No es sabio el que llega á ser gran letrado, hábil artista, disertador escritor, renombrado militar, sagaz diplomático, hacendista afortunado, y con todo no alcanza á ser simplemente un hombre de bien. No en la mucha noticia, no en la mucha ciencia, sino en la mucha cordura está la sabiduría. No llamais mas perfecto al cuerpo que tiene mas grande cabeza ó mas diminuto pié, sino al que en todos sus miembros muestra mayor proporcion y armonía. Así no en acaudalar noticias peligrosas y conocimientos estériles consiste la perfección del sabio, sino en armonizar con una conducta irrepreensible los conocimientos útiles y las noticias provechosas. Sin sabiduría la noticia es necedad y la ciencia locura. Sin sabiduría la noticia es peligrosa y la ciencia funesta. La historia enseña que los grandes descarríos de la humanidad han partido siempre de los eruditos y de los pensadores privados de sabiduría.

Apliquemos ahora estas ideas á la enseñanza. Enseñar por noticia es disparate, enseñar por ciencia es de provecho, pero enseñar con sabiduría es lo perfecto. Ved ese alumno sobresaliente; apenas raya en los quince años y ya lo sabe todo, humanidades, ciencias físicas, naturales, históricas, geográficas, matemáticas y filosóficas. Dá gusto, ó por mejor

decir, dá pena ver apiñados en tan pequeña cabeza tanto nombre, tanta cita, tanta noción extraña, tanta idea incompleta, tanta confusión y algarabía. Ese niño habla, pero no piensa; recita, pero no discurre. Nadie ha de extrañar que sea este niño jactancioso y petulante, signos todos de necedad manifiesta. Ved ahí otro alumno no tan sobresaliente, pero mucho mas aprovechado. No parla tanto, pero discurre mejor. Conoce tan solo los primeros rudimentos de las ciencias, pero los comprende. Este niño no es un sabio, pero está preparado para serlo en su día. Y lo será, si sabeis inspirarle el amor al trabajo, la modestia, la templanza, la abnegación y la perseverancia; es decir, si le enseñais con sabiduría. Ahora bien, cualquiera comprende que sola la enseñanza y la educación religiosas pueden inspirar estas virtudes. Sin este fundamento todos nuestros conocimientos son castillos en el aire, y todos nuestros talentos son armas en manos de un demente. En una palabra, la conversación forma los noticieros, el estudio forma los instruidos, sola la religión forma los sabios.

No queremos dar fin á estos insignificantes y mal borroneados artículos sin hablar del derecho de enseñanza.

No cabe duda en que la enseñanza es un derecho y un deber vinculado á la paternidad. Siendo la enseñanza el desarrollo y complemento de nuestro ser, no cumplirían los padres su noble misión, si mientras sustentan la vida natural del niño, no sustentasen su vida moral; si mientras desatan su lengua muda y sostienen su pié vacilante, no pusiesen en sus labios balbucientes las primeras palabras de la verdad y no guiasen sus primeros pasos por el camino del bien; si mientras le muestran á discernir colores y á nombrar objetos, no le enseñasen á conocer sus destinos y á cumplir sus deberes.

Los padres por la generación comunican á los niños la imagen viva de sus cuerpos; por la enseñanza imprimen como un sello su propio corazón en el blando corazón de sus hijos.

Los padres por la generación visten á los niños de su propio carácter, de su propio tem-

peramento, de su propia fisonomía; por la enseñanza les revisten como de una librea de familia, trasmitiéndoles su carácter moral y su fisonomía de sus costumbres.

1 Por la generación heredan los hijos el nombre, la clase, la casa, el crédito y la fortuna de sus padres; por la enseñanza heredan sus máximas, sus ideas, sus consejos, todo el fruto de su larga experiencia.

Pero hay otra maternidad á mas de la maternidad de naturaleza, y es la maternidad de la gracia. Hay una madre, á mas de aquella madre bondadosa que acalló nuestro primer lloro y despertó nuestra primera sonrisa. Como ella, nos lleva también en el seno de su amor, y mece la cuna de nuestra inocencia, y llena de encantadoras imágenes nuestros ensueños infantiles. Como ella, nos da á beber la vida en su propio corazón, no la vida del tiempo, sino la vida de la eternidad. Pues como ella, goza también del santo privilegio de sustentar el ser de gracia que nos ha comunicado, amamantándonos á los pechos de su enseñanza y fomentándonos en el regazo de su maternal desvelo. Así pues la Iglesia nuestra madre goza indudablemente del derecho de la enseñanza religiosa, que es la base y la norma y el complemento de toda enseñanza.

Este derecho de la Iglesia es en su esfera superior al mismo derecho de los padres, porque la gracia es superior á la naturaleza, porque la vida del espíritu es superior á la vida del cuerpo, porque la autoridad docente emanada de Dios directamente es superior á la autoridad reflejada indirectamente en los padres. Así pues, una vez hecho el niño hijo de la Iglesia por el bautismo, en manera alguna pueden los padres impedir su instrucción religiosa.

¿El estado goza también del derecho de enseñanza? No teniendo el estado verdadera paternidad, no puede gozar directamente de este derecho. Para las carreras especiales podrá exigir determinados conocimientos y erigir escuelas donde se aprendan; en todo lo demás su misión es secundaria, y se reduce á facilitar á la Iglesia y á la familia los medios de completar por la enseñanza el ser de gra-

cia y de naturaleza de que han dotado á sus hijos.

El estado que viola los derechos de los padres, forzándoles á dar á sus hijos una instrucción que repugna á su conciencia, trueca su papel de protector en el de opresor de la familia. El estado que desatiende los derechos de la Iglesia, negándole en sus escuelas aquella inspección que ella ejerce de derecho divino, en vez de darle la prometida libertad, le rodea al cuello una cadena. Y si este estado se proclama ateo, si dice no tener ideas propias, y pretende amar la libertad, entonces á la opresión y á la violencia añade la hipocresía vil y el negro sarcasmo.

Así como van de mal trazados estos artículos, hemos procurado apuntar estas verdades: 1.^a que la libertad absoluta de la enseñanza es un delirio funesto; 2.^a que la misma naturaleza de nuestros conocimientos señala un límite saludable; 3.^a que la guía segura de la enseñanza no puede ser la discusión ni la moral universal, sino la palabra revelada; 4.^a que si la enseñanza ha de salvarnos, es preciso se apoye en la educación religiosa y sea secundada con la extinción de los malos libros; y 5.^a que en la religiosidad consiste la verdadera perfección de la enseñanza, y que la Iglesia, al reclamar sobre ella una inspección soberana, no usurpa ningún derecho, sino que ejerce la misión salvadora que del cielo ha recibido.

MIGUEL MAURA PRO.

LA PRENSA (*).

Las luchas de la prensa periódica son una necesidad á que deben sujetarse todos los partidos, todas las opiniones. Que sea, como se ha dicho, la lepra de las sociedades modernas, ó que se la considere como uno de sus mas preciosos esmaltes; que se parezca, como se ha dicho también, á la lanza de

Aquiles curando con un extremo las heridas abiertas con el otro, ó que las deje sangrando, sirviendo solo á exasperarlas, lo cierto es que la prensa es un hecho, y un hecho indestructible. Con mas ó menos libertad, reina en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados-Unidos y en gran parte del continente de América; y con mas ó menos trabas ejerce influjo poderoso en los demás países donde no ha podido conquistar todavía semejante predominio. En Alemania, á pesar de estar aquel país bajo un sistema de represión, es sin embargo la prensa una verdadera potencia; pues aparte la libertad con que se discuten las cuestiones literarias, científicas y religiosas, no dejan de pesar mucho en la balanza política la opinión, las noticias, las declaraciones y hasta las indicaciones de los periódicos.

Vuélvase la vista en todas direcciones, y en todas partes se observará el mismo hecho. Una asociación política está incompleta, mejor diremos desarraigada, si no cuenta con un periódico que la defienda; un ministerio siente flaquear el terreno que pisa, si no alcanza á tener en su apoyo algunos órganos de la prensa; la diplomacia no puede preparar y ejecutar acertadamente una combinación, si no posee un periódico que, según las oportunidades, declare, indique, ceda, proteste, á manera de plenipotenciario sin credenciales públicas; pero de autoridad reconocida; por la prensa insinúa un monarca sus voluntades; por la prensa se avisan los conspiradores; por la prensa se hacen los partidos sus declaraciones de guerra, su señal de rompimiento de hostilidades, sus treguas, sus reconciliaciones, sus alianzas; por la prensa ataca la calumnia, ó inerepa la justicia; por la prensa se vindica la inocencia, ó desmiente sin rubor el crimen desvergonzado; á la prensa acuden las doctrinas disolventes y las conservadoras, las venenosas y las saludables; la prensa se encarga de la estadística del vicio y de los anales de la virtud; la prensa proclama la irreligión y la religión; de la prensa salen lecciones desesperantes y palabras consoladoras; de la prensa brotan el amor y el odio, la paz y la guerra, la luz y las tinieblas, la verdad y el error, el bien y el mal.

¿Se compensa el daño con el provecho? ¿se equilibran el bien y el mal? ¿prepondera este ó aquel? ¿cuál de los dos? No tratamos de investigarlo: solo nos proponemos averiguar el hecho del inmenso poderío de la prensa periódica, para deducir algunas consecuencias con respecto á España.

Sea cual fuere la suerte que en las futuras vicisitudes haya de caber á la prensa periódica de España, es lo cierto que actualmente disfruta de una

(*) Reproducimos este artículo de Balmes, publicado en 1845 en *El Pensamiento de la Nación*. A pesar de los veinte y siete años que han trascurrido desde aquella fecha, parecen que el escrito conserva todavía todo su interés y oportunidad.

libertad semejante á la de otros países regidos por el sistema representativo, y que aun cuando los acontecimientos viniesen á ponerla muchas trabas y hasta sujetarla á previa censura, siempre quedaria con bastante latitud para ejercer poderosa influencia. Tal es el espíritu de las sociedades modernas, y que no ha dejado de introducirse y aclimatarse algun tanto entre nosotros. Empeñarse en contrariarle abiertamente, empleando un sistema de prevencion y represion semejante al de épocas anteriores, seria esponerse á conflictos, con poca esperanza de obtener buen resultado.

Infiérese de lo dicho de que de hoy en adelante, sea cual fuere la doctrina que se profese, sistema que se defienda ó partido á que se pertenezca, es necesario resignarse á discutir en la prensa periódica. Esta nueva arena de combate abierta por las naciones modernas se halla abierta tambien en España. Se la podrá reducir, se la podrá sujetar á determinadas condiciones, se podrá fijar por decirlo así el género de armas, pero de un modo ó de otro será necesario aceptarla, entrar en ella y luchar. La doctrina y el sistema que cuenten con mejores adalides, tendrán sobre sus rivales gran ventaja; y los triunfos que en ella se alcancen, ó las derrotas que se sufran, tarde ó temprano producirán sus efectos en el orden social y político. A las ensangrentadas lizas han sucedido las columnas de los periódicos, á las lanzas las plumas; antes era necesario batirse, ahora es indispensable escribir.

La prensa periódica, que con este ó aquel título ha defendido la causa de la revolucion, ha llenado cumplidamente la mision de que estaba encargada: su objeto era destruir, y ha destruido. Pero esa arma tan poderosa no debia quedar exclusivamente en manos de la revolucion; y al frente de la prensa revolucionaria ha comenzado sus trabajos la prensa reparadora, la que sin desconocer el espíritu de la época sostiene los grandes principios tutelares de nuestra sociedad: la religion y la monarquía. Menester es confesar que por efecto de diversas circunstancias no ha llegado todavía al punto que conviene y que es de esperar, atendida la fuerza y vigor que puede recibir de esa misma sociedad á la cual ha de dirigir su palabra. Cuando los escritores se encuentran solos, cuando notan que sus doctrinas no hallan apoyo ni simpatía, natural es que se desanimen, y no es extraño que despues de haberse esforzado inútilmente durante algun tiempo, acaben por abandonar un campo infecundo; pero cuando las doctrinas están en armonía con las de la nacion,

cuando el escritor está seguro de que la palabra que encomienda al papel hará vibrar dentro de poco millones de corazones, entonces la conviccion propia, segura de su eficacia sobre las demás, se espresa con mas calor, y las mismas resistencias que pueden encontrarse al paso sirven para aumentar su brío y energía. En este caso se hallarán en España los sostenedores de los principios monárquicos y religiosos; mas para lograr plenamente su objeto es menester que no desconozcan su verdadera posicion, y no se hagan ilusiones que podrian ser dañosas á su causa.

En España hay espíritu monárquico; y este espíritu es muy vivo, muy poderoso, y solo destructible con el trascurso de muchos siglos, si es que algun dia se haya de destruir. Un pueblo que como el español ha vivido bajo el imperio monárquico durante tantos siglos, que bajo este imperio ha combatido por espacio de ochocientos años contra la media luna, que ha descubierto nuevos mundos, y que ha sido una de las primeras potencias de Europa; que ha renovado y vivificado su entusiasmo con el grito de *viva el rey* en una guerra inmortal como la de la independencia, no puede menos de ser eminentemente monárquico. Esto es verdad, verdad que no deben perder nunca de vista los escritores públicos, y de la cual pueden sacar mucho partido los sostenedores de las buenas doctrinas. Pero al lado de esta verdad existen tambien otras verdades que no deben ser desatendidas.

Es necesario guardarse de un error en que mas de una vez se ha caído, y es el creer que la monarquía debe ser defendida en la prensa con el mismo tono que en 1814 y en 1823; cada época exige su lenguaje, y á esta exigencia no faltan los partidos impunemente. Una de las armas que con mas habilidad han empleado los amigos de la revolucion, ha sido inculpar la exageracion de sus adversarios: esta arma es menester quitársela, y el medio seguro para eso es el no ser exagerado. Cuando la exageracion no existe en la realidad, en vano se empeñan los adversarios en achacarla: engañan á los incautos con huecas declamaciones, pero el público lee y juzga: si no hay exageracion si no razon, el público dice, «aquí hay razon, y no exageracion.» Para obtener esta justicia basta esperar algun tiempo: las declamaciones cansan; la sátira se embota, los apodos inspiran disgusto; lo que permanece es la razon, quien la tiene de su parte triunfa.

La exageracion mata muchas causas, y á esta exageracion están sujetas aun las que mas se distinguen por la verdad de sus principios, la bondad

de su fin y la rectitud de sus medios. La exageración tiene tambien otro inconveniente gravísimo, y es que á la sombra de ella se ocultan los pérfidos, y se dan importancia los nulos. Las declamaciones violentas, las ponderaciones sin tasa, las invectivas, las alabanzas hiperbólicas, son trabajos que desempeñan con gusto los que quieren perder una causa; así como por otro lado se encargan fácilmente de esta tarea los nulos, por no ser cosa que exija mucho talento. Lo que sí lo exige, y además largos estudios, es el colocar las cuestiones en su verdadero terreno, el presentarlas bajo su verdadero punto de vista, y el encontrar, explicar y defender su verdadera resolución.

Esto es lo que hace mas bello, mas sólido y seguro el triunfo de las causas, lo que las salva cuando están en peligro; lo que hasta las resucita despues de muertas. Una teoría política acompañada de buena fé, robustecida con el apoyo de los hechos, desenvuelta con claridad y defendida con firmeza, acaba por abrirse paso al través de todas las resistencias, mayormente si los escritores poseen las cualidades de estilo y buen tono, cuya falta achica algun tanto las verdades mas grandes y deslustra las mas bellas.

Así, aplicando estas reglas á la defensa de los principios monárquicos, se echa de ver que ha de producir escaso efecto en la época actual el estasiarse á cada paso por la bondad paternal de los monarcas, el pintar con facticio entusiasmo los siglos de oro que nos han proporcionado, el echar á los novadores toda la culpa de todos nuestros males, y empeñarse en que los gobiernos de los reyes no hicieron mas que buenas obras y milagros, el recordar de continuo los felices tiempos de la excelente administracion que tenia las arcas repletas de oro, y en que dichosos en lo interior, poderosos en lo exterior, respetados en todo el mundo, éramos los españoles la admiracion y la envidia de cuantos pueblos habitan la redondez de la tierra. Esto no convence, porque á vuelta de muchas verdades encierra muchos errores; esto no convence, porque manifiesta en el escritor mas pasion que conviccion; esto no convence, porque si el lector no es muy rudo ó muy poco avisado, no podrá menos de recordar lo que habrá leído en la historia, y lo que quizás habrá visto con sus propios ojos.

Defiéndase la monarquía como una institucion necesaria en Europa, y muy particularmente en España; recuérdense y encómiense los beneficios que ha proporcionado á los pueblos; preséntesele como un emblema de nuestra nacionalidad é inde-

pendencia; tráiganse á la memoria sus gloriosas hazañas en las cuatro partes de la tierra; defiéndase contra las injustas acusaciones de los demagogos, y no se permita que manos impuras profanen las cenizas de grandes monarcas; cotéjese la benignidad del imperio de los reyes con la crueldad del despolismo anárquico; hágase todo esto enhorabuena, que todo esto se puede y se debe hacer: mas para ejecutarlo con buen resultado, para desarmar á los que combaten el poder monárquico, é inspirar confianza á los que desconfían de él, es necesario ser veraz, ser sincero, ser franco, no ponerse en contradiccion con la evidencia de los hechos. Para rechazar con buen éxito las calumnias, es necesario confesar la verdad de los cargos justos; y para hacer apreciar el bien, no poner mas del que hay en la realidad: donde hubo un bien, decir que le hubo, y decirlo tal como fué; donde hubo un mal, confesar que le hubo: obstinarse en defender un incidente, en que por precision se ha de salir condenado, no es propio de abogados hábiles; y el sostener una cosa en que se sabe que no hay razon, es contrario á la buena fé.

Grande y venturoso fué el reinado de los reyes Católicos, grandes fueron tambien los de Carlos V y Felipe II, aunque ya no tan venturosos; pero desde que descendió al sepulcro el fundador del Escorial, ¿qué se hicieron el grandor y la ventura? ¿No se echó á perder con espantosa celeridad la mas rica y magnífica herencia que legara á sus hijos ningun monarca? En tiempo de Carlos II, ¿dónde estaba la España de los reyes Católicos? ¿Qué inconveniente hay en reconocer estas verdades? Con negarlas ¿dejarán de ser verdades, y verdades tan conocidas? Esto no daña á la institucion, pues no hay institucion humana con la cual no se haya incurrido en errores, que haya estado exenta de abusos.

El escritor que desea defender con buen éxito la monarquía, es preciso que tenga la imparcialidad y la entereza necesarias para decir la verdad á la monarquía misma. El primer efecto de la adulacion es inutilizar al escritor, previniendo contra él á los lectores. Háblese de los monarcas difuntos con respetuosa justicia, y de los vivientes con respeto justo; nada mas. Cuando así se proceda, cuando no se empleen demasiado en la discusion las fórmulas de la corte, ni se arrobe á cada momento el menguado escritor á la vista de la elevada sabiduría y de la bondad paternal de los soberanos, entonces al defenderlos tendrá derecho á ser oído; de otra manera, no.

Pasen en buen hora los revolucionarios del insulto á la mas villana lisonja, y de la lisonja al insulto, segun los monarcas les complazcan ó les disgusten; levanten sobre todos los soberanos al que acaba de quebrantar su cetro para entregarle á las manos de los demagogos, y luego cubran de lodo é ignominia á ese mismo soberano tan pronto como deje de serles acepto ó necesario; esta es su historia, este su interés: pero los hombres que defienden la monarquía por conviccion, jamás deben llevar su respeto hasta las bajas humillaciones, ni su justa severidad hasta el insultante atrevimiento. Casos hay en que conviene hablar, y entonces la entereza y la rectitud encuentran siempre un lenguaje decoroso, mesurado, digno de ellas, y digno de las personas á quienes se dirige. Casos hay tambien en que no conviene hablar, porque hay asuntos que no se tocan sin mancharse, ni se miran sin rubor; y entonces nada hay mas espresivo que la elocuencia del silencio.

Ocasiones se le presentarán al escritor para reprehender lo que en su interior condena; en todos los paises del mundo las cosas presentes tienen semejantes en las pasadas; y una pincelada valiente y oportuna sobre un pasaje de la historia es fácilmente interpretada por el lector como una mirada severa contra los imitadores del mal.

Hay en la historia de las naciones épocas desgraciadas, en que es preciso ser muy monárquico para no dejar de serlo, en que es necesario tener muy arraigada la monarquía en las convicciones para que no caiga del corazon. En tales casos, no han sido los buenos defensores de la monarquía los que la han defendido con lisonjas y mentiras: ¡débil escudo!... Lo han sido, sí, los que despues de haber aconsejado á los pueblos la sumision debida, hablandoles en nombre de la religion, de la paz y de los intereses públicos, han sabido volverse hácia los reyes increpando sus estravíos y desmanes con respetuosa firmeza.

En todo buena fé, en todo verdad, en todo el valor de manifestar las convicciones con decoro, pero sin timidez; he aquí las primeras cualidades de la prensa sostenedora de los buenos principios: la mala fe, la mentira, la adulacion, la pusilanimidad, son cosas indignas de ella, son gérmenes malignos que esterilizan, que matan la buena semilla que se pueda esparcir.

El halagar las pasiones, el escribir contra lo que dicta la conciencia, por obtener el pasagero aplauso de las turbas ó la mirada benévola del poderoso, es una falta que cuesta cara á los escritores, echan-

do á perder la misma causa que se proponen sustentar. Quien escribe para el público, debe oír sin duda á todo el mundo para no hacerse ilusiones que le oculten la realidad de las cosas, debe recibir con gratitud los consejos, no solo de los mas entendidos que él, sino aun de los que le parezcan muy inferiores á él; que de todos los puntos se recibe alguna luz, y aun de los mismos necios pueden aprovecharse consejos atinados: pero el escritor necesita tener convicciones propias, criterio propio, sentimientos propios, juzgar por sí mismo despues de haber oido á los demás, no inspirarse jamás en las pasiones del momento, sino meditar escribiendo y escribir meditando.

SANTIFICACION DE LOS DOMINGOS.

Como espresion de elevados sentimientos al par que como acabada muestra de estilo, copiamos la bella esposicion que los dependientes de comercio de Jaen han dirigido á sus gefes acerca de la santificacion de los domingos y fiestas:

«Señores: Los que suscriben, dependientes del comercio, vecinos de esta ciudad, con toda sumision y con el debido acatamiento tienen el honor de esponer: Que sus antepasados, comerciantes, tenderos, fabricantes ó industriales, fundaron la gloria y el renombre histórico de esta gran ciudad, al paso que progresaban en las prácticas religiosas y en la observancia de los mandamientos. Así es que indudablemente nuestros padres eran incansables en el trabajo, pero escesivamente honrados y guardadores de los divinos preceptos. De ellos deriva la célebre divisa *salud y trabajo*; de ellos era la patriarcal constitucion de los gremios bajo la invocacion de su santo patrono; de ellos es la gloria de la instalacion de las fiestas dedicadas á sus santos; ellos iniciaron la buena costumbre de asistir en masa á las procesiones públicas, honrando la divinidad con voluntad, con la persona y con el espíritu.

Una corriente mas veloz y eficaz que los tiempos ha cambiado por completo la faz, no solo del pais, sino al parecer del mundo entero. La revolucion ha sido hecha por completo. La razon pública está suspendida por la particular; la marcha paulatina de la naturaleza sustituida por la violenta voluntad del hombre; el respeto público no es freno del interés privado; el moderado afan de lucrar ha sido reemplazado por la desbordada ambicion de atesorar; la emulacion prudente y civilizadora ha hecho lugar á la baja envidia; las costumbres sencillas y patriarcales de nuestros padres han desaparecido; los hábitos de clases se han confundido, y el afan de novedad impele á toda la sociedad como un viento impetuoso hácia un punto donde se pierde el respeto, la tranquilidad, la conciencia y casi la religion.

El afan de la sociedad actual es reducir á números todas sus operaciones y contar con avidez los dias de produccion y los dias de descanso, contar las horas de provecho y las

horas perdidas, creyendo que estas últimas se pierden porque se santifique el día de domingo.

La pasión económica de las naciones labra indefectiblemente la pérdida de las creencias; supeditadas enteramente por el cálculo, no tienen otro Dios que el oro, y ese oro devora todo lo sublime del espíritu, todo el consuelo de la virtud, todos los propósitos del bien, toda la fe en la religión, toda la esperanza en la vida futura.

Los dependientes del comercio de esta capital, que abajo firman, se adhieren en todo á la elocuente y razonada exposición que con el mismo objeto dirigió el 8 de julio la respetable dependencia de Sevilla, esperando de la amabilidad de nuestros dignos jefes accederán á nuestros justos deseos de cerrar los establecimientos al toque de ánimas en todo tiempo, ó sea á las nueve de la noche en verano y á las ocho en invierno, debiendo empezar el día 8 de setiembre; siendo nuestro deseo también, que de ello hace tiempo nos están dando ejemplo capitales mas importantes que esta, el que los domingos y días de fiesta no se abran los establecimientos: cuya medida general creemos que los gefes comprenderán no es perjudicial para el comercio, antes al contrario redundará en beneficio de todos, puesto que aliviados del cansancio, indudablemente nos hallaremos mas aptos para continuar nuestras tareas. Y sobre todo, ¿estamos ó no estamos en país católico? Somos ó no somos católicos? Pues si lo somos, como en ello no hay duda ninguna, debemos fundar por completo la esperanza en la guarda de los días festivos. Sabemos y creemos que Dios descansó el último día, precepto que impuso á su pueblo escogido, y cuya guarda fiel era compensada con la asombrosa fertilidad de sus campos y con la multiplicación de sus ganados. Sabemos y creemos que Dios impuso al hombre el trabajo, y que esta pena es tanto mas meritoria en cuanto se cumple en honor de Dios y no en provecho de la codicia.

Sabemos y creemos que Dios reservó para si un día, que quiso se consagrara especialmente á su adoración y á su culto. En este día prohibió el trabajo hasta á los animales. Los mahometanos, adoradores de un falso profeta, guardan supersticiosos este mandamiento. Los judíos avarientos cesan en sus maquiavélicos cálculos y no asientan operaciones ningunas en sus libros el día séptimo. Los protestantes honran la fiesta del Señor. ¿Qué razón, qué fuerza, qué preocupación impide que los católicos guardemos con mayor abnegación el día de Dios? ¿Por qué no suspender siquiera un día nuestros cuidados, nuestros quehaceres, nuestros trabajos, nuestras compras y ventas? ¿Por qué no ha de cesar de abrirse nuestro libro de caja una vez cuando menos á la semana, abriendo en su lugar nuestro espíritu, nuestro corazón á Dios, que nos dispensa la salud, el bien, la vida, y la honra del trabajo?

Nos dispensan las leyes de pagar y protestar en día feriado; no administran justicia los tribunales en los días feriados; cierran sus puertas á toda reclamación los gobiernos en días feriados: únicamente las compras y ventas, el afán de allegar dinero únicamente, las tiendas están abiertas á todo al mundo, y no conocen esos días feriados.

Dejamos á la consideración de nuestros queridos gefes las infinitas y justas razones que nos asisten para fundar esta petición, esperando de su buen criterio que, considerada á la dependencia como individuos de la misma familia, cuyos intereses se encuentran ligados, acojan nuestro pen-

samiento, cuya conformidad será estampar sus firmas al pie de este documento, al cual va unido nuestro reconocimiento y gratitud.

Jaén 1.º de setiembre de 1872. — (Siguen cincuenta firmas.)

Los firmantes han merecido una honrosa felicitación de su prelado, y han logrado su objeto, obteniendo de sus principales que no se abran las tiendas en los domingos ni en los días festivos, y que en los demás se cierren al toque de ánimas.

CRÓNICA.

El 28 de setiembre por vez primera desde hace dos años puso los pies Pío IX fuera del recinto del Vaticano. Después de haber recibido en audiencia particular al ministro del Brasil y á un general de los Estados Unidos, bajó por la gran escalera á la fábrica de mosaicos, donde contempló el precioso cuadro de la coronación de la Virgen destinado á la basilica de san Pablo. En seguida saliendo por la puerta de la Zecca ó casa de moneda, cuyos obreros le aclamaron, dió un corto paseo por fuera de las tapias de los jardines, con la grata sorpresa de encontrar al cardenal Bonnechese que llegado de Francia la víspera iba á ofrecerle sus respetos.

En la audiencia que el día siguiente concedió el soberano pontífice al cardenal Bonnechese, ocurrió un incidente digno de mención. Al bendecir á dos sacerdotes que acompañaban á S. Emma, dirigió á este las siguientes palabras, aludiendo á lo que se dice sobre el abandono de Roma por el santo padre: «Al meditar sobre esto, me acuerdo siempre de un hecho notable de la vida de san Pedro. Cuando huyendo de la persecución dejó el príncipe de los apóstoles la ciudad de Roma, encontró cerca de la puerta de San Sebastian á Nuestro Señor llevando la cruz con aire de tristeza. — Señor, ¿á dónde vais? preguntó san Pedro. — Voy á Roma, respondió Jesucristo, para ser allí crucificado de nuevo. — Pedro lo comprendió, y se quedó en Roma en medio de la persecución. Me ocurre lo mismo, porque si yo abandonase en estos momentos la ciudad eterna, me parece que recibiría de Jesucristo la misma reconvención. Esta escena, que no es sin duda mas que una piadosa leyenda, quiero dejarla como recuerdo.»

El papa regaló al cardenal Bonnechese una preciosa obra de arte, de marfil, en que está representada la escena que acababa de describir y de ofrecer á la consideración de los católicos todos. Es indudable que las palabras del sumo pontífice, dichas á un príncipe de la Iglesia, á quien con razón ó sin ella se supone portador de ofrecimientos de monsieur Thiers, no carecen de importancia. Dejamos al piadoso criterio de nuestros lectores que saquen las deducciones á que se prestan las palabras y el acto del inmortal pontífice.

Entre los jesuitas expulsados de Alemania por el liberalismo germánico, muchos hay que fueron distinguidos y condecorados por su conducta sobre el campo de batalla. La cruz que llevarán en el extranjero, en Francia acaso, atestiguará la odiosa ingratitud del emperador Guillermo. Dícese que se hizo esta observación á Mr. de Bismark, quien al parecer habia respondido con un axioma muy digno de figurar al lado de su principio favorito: La fuerza está por encima del derecho. «En política, dijo el príncipe-canciller, nunca debe hablar el sentimiento: aunque los jesuitas hubiesen tomado á Paris, á Metz y á Sedan, no me creeria obligado al reconocimiento.» El desprecio que hace de la virtud Mr. de Bismark, solo es comparable á su desprecio de los hombres.